

## RECORDANDO AL DOCTOR ANGEL M. MERGAL

Agradezco la oportunidad que me brinda el pastor de la iglesia, Rdo. Luis A. Orenge, de participar en este homenaje póstumo que se rinde al Dr. Angel M. Mergal quien en julio pasado se nos adelantó en su tránsito a la eternidad.

A la hora de su muerte yo me encontraba en Valencia, España, pasando unos días con la familia Limardo. Estábamos reunidos en el restaurante Clemencia. En lo que servían el almuerzo, el Rdo. Limardo se dió a la lectura de unas cartas que había tomado consigo del buzón. Una de las cartas provenía del Dr. Carlos Amado Ruiz quien le comunicaba al Rdo. Limardo el fallecimiento del Dr. Mergal. Y ahora nos topamos con el hecho mayor de que el informante tampoco está con nosotros. ¡Qué coincidencia más dolorosa!

No bien uno se repone de una situación cuando cae en otra. El Dr. Mergal tiene mucho que decir a ese respecto, en los libros y mensajes que legó al pueblo cristiano.

Mergal era un hombre ducho en el decir hondo y alto. Conocía, como nadie, las leyes de la semántica y de la hermenéutica. Así nos daba a conocer el secreto íntimo de las cosas. Donde otro se perdía en el laberinto de las lucubraciones intrascendentes, Mergal nos llevaba de la mano a otros mundos que desconocíamos. En veces, su palabra dicha con autoridad y con tanto asomo de erudición, nos parecía demasiado atrevida, pero, pronto, advertíamos que el hombre sabía dónde estaba y hacia dónde iba. Nunca le vimos oscilar. Tejía con plena seguridad. La pieza que lanzaba al mercado era pieza de calidad.

En días pasados --y refiriéndonos al Dr. Carlos Amado Ruiz-- dijimos que a él le gustaba echarse a mares altas impulsado por el penuma de Dios. Otro tanto podemos decir del Dr. Angel M. Mergal. Era hombre de aguas profundas que siempre requieren la presencia y pericia de hombres así... De esas aguas nos venía el fruto maduro de su quehacer que era mucho y bueno. Era un estudioso de la Palabra de Vida de la cual iba extrayendo, como de una fuente, las recónditas linfas que al peregrino, mitigan su sed. El sentía --allá dentro-- una especie de satisfacción cada vez que nos proponía algo que él estimaba era de enjundia. Nos parecía un niño inocente que se muestra complacido cuando hacer algo bueno. Quizá cuestionábamos su reacción, pero en el fondo su pose magisterial tenía más sentido del que le suponíamos.

En su libro "El Reino Permanente" que nuestra Iglesia publicó y que recoge -- en página mayor -- lo dicho en el púlpito de esta iglesia en la Semana Santa de 1962, Mergal nos dice estas palabras muy significativas y reveladoras:

"Este libro no es de entretenimiento; presupone una colaboración atenta y bien intencionada, ya que lector y autor caminan juntos hacia otro Emmaús, en busca deliberada del Reino Permanente. Tal vez no vislumbraremos su proximidad hasta el crepúsculo vespertino de nuestro día, al cabo del transcurso de las cosas que se mudan desde un futuro incierto hacia un pasado indiferente. Bienaventurados si, al caminar, nos sobrecoge e ilumina inesperadamente la certidumbre de una presencia: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días..."

Mergal nos convoca hacia otro Emmaús en "busca deliberada del Reino Permanente." Ese otro Emmaús se da, caminando con el Señor quien ha dejado atrás la noche impenetrable al recibir ésta los golpazos de luz de aquella mañana de pascua florida. Mergal acabó su peregrinar por estos mundos transidos de dolor y de ausencias obligadas, pero tú y yo aún somos peregrinos en pos del otro Emmaús que nos lleva al Reino Permanente. Ya ha mediado la feliz circunstancia del "lirio blanco sobre la cruz", y ahora nuestra peregrinación cobra sentido. Lo que ahora nos sabe a arenas candentes, y a soles calcinantes, a vientos de tempestad y a sueños deshechos, algún día tomará aureola de bienaventuranza "si, al caminar, nos sobrecoge e ilumina la certidum-



bre de una presencia."

Esa presencia se nos da en el vaivén de las cosas, a medida que se van desvaneciendo las brumas que nos ocultan la "faz de Jesucristo que es donde resplandece la gloria de Dios." La restauración que Mergal intenta viene por tres fuentes:

1. El interior del hombre en que se sigue la directiva de San Agustín.
2. El interior del texto bíblico en que se sigue a Erasmo de Rotterdam.
3. El interior de la iglesia o koinonía cristiana en que se cree la promesa del mismo Jesús resurrecto: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días."

Por cierto las escamas vuelan. La visión se aclara. Las palabras dichas antes cobran sentido. La tristeza se convierte en gozo, y un mundo nuevo emerge triunfal. La experiencia traumática de los discípulos se convierte en vivir de paz y de fe, y así iluminados se dan a la tarea de iluminar a otros.

Mergal, hablando del Reino, decía: "Tal vez no vislumbraremos su proximidad hasta el crepúsculo vespertino de nuestro día," pero su Reino Permanente por el cual habló, escribió y vivió está ahí, a la vuelta del camino que nos lleva al otro Emmaús. Es el reino "inmóvil" aunque él prefiera llamarlo "permanente" para que no se vea "alusión alguna al Moviente Inmóvil de Aristóteles, ni a la Amada Inmóvil de Amado Nervo." El Reino que él aclama y proclama no es la muerte. Es el reino que Gabirol llama "La Fuente de las Vidas." No es algo estático. Es dinámico y generador de las más altas potencialidades, y sugeridor de las más esclarecidas visiones, y sustentador de las más caras esperanzas.

En el pensamiento de Mergal hay un "vórtice que gira sobre un pivote permanente, aunque no lo parezca, una inteligencia creadora y amante que hace cosmos del caos." Ese pivote tiene un nombre: "El Padre de nuestro Señor Jesucristo." Dicho así, Mergal, a diferencia de otros que pretenden ser mentores de juventudes, nos coloca en sitio permanente y seguro. En una hora de flujo y de resaca como ésta que dejaría a Heráclito corto de respiración, el hallarle sentido a la vida y al cosmos de que formamos parte, es tarea que se agradece, y que encomiamos con todas las fuerzas de nuestro espíritu. ¿Qué mucho significa ese pivote de que habla Mergal; En veces, en nuestro afán por echar abajo todas aquellas estructuras que nos tienen olor a cosa rancia y carcomida, nos movemos como si quisiéramos echar abajo el pivote también. ¿De que vale una estructura que deja a Dios fuera? ¿De qué valen unas propuestas enderezadas a servir al hombre si al otro hombre que difiere de nosotros le miramos con desprecio olímpico, y lenegamos un sitio debajo del sol?

Lo del Reino Permanente empezó a aflorar en el alma de Mergal desde el año 1932 en que libraba batalla con el pensamiento de Ricardo Rojas, Miguel de Unamuno, Karl Barth y Alberto Schweitzer. Fué 30 años después que su "rumbo" pudo echar ancla en la conclusión de la Carta a los Hebreos 12:22-28, y que lee así:

"Habéis llegado al monte Sión, y a la ciudad del Dios vivo, Jerusalem la celestial...Y a Jesús, el Mediador del Nuevo Pacto, y a la sangre del sacrificio --que habla mejor que la de Abel..." "Aún una vez", declara la mudanza de las cosas movibles para que queden las cosas que son firmes. Así que, tomando el Reino inmóvil, retengamos la gracia, por la cual adoremos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor."

Aquí Mergal toma el Reino inmóvil y lo subraya. "Este reino es inmóvil porque no se muda o cambia, porque no se deshace con el tiempo transitorio, ni tiembla o se desploma con las conmociones de la naturaleza y de la historia." El Reino Permanente se desplaza entre el tiempo y la eternidad, pero no está sujeto a las contingencias tempo-espaciales.



Sus Meditaciones de la Pasión brotan de su entraña cordial. Decía él:

"Estas Meditaciones no constituyen un tratado más de teología; pretenden ser solamente un comentario autobiográfico y cordial desde el interior del texto sagrado al interior del hombre interior, donde resuena perpetuamente la voz del Verbo de Dios."

Por ser Mergal "de la verdad, oye la voz del Mesías. Al igual que las ovejas oyen su voz, él oye también la del Buen Pastor, y se goza en la voz del esposo. Su gozo es la expresión de las vivencias de la gracia del poder creador de Dios. Esa voz es el símbolo de la fe auténtica."

Mergal había logrado echar ancla. Yo no sé si tú has logrado echar ancla en el Reino Permanente del que te habló Mergal desde el púlpito de esta iglesia en el año 1962. El más esclarecido homenaje que podemos tributar a la memoria de Mergal es que, al igual que él lo hizo, podamos también nosotros echar nuestra ancla en el reino inmóvil. Citando a Hebreos 12:28 Mergal dice: "Retengamos el reino inmóvil." Y citando a Efesios 5:13 él dice: "El es el que da salud."

Este reino vino para quedarse definitivamente como diría el profeta Daniel. A principios de Julio --mes de la partida de nuestro hermano y compañero-- recorría yo con unos amigos las ruinas de un teatro romano en Mérida, al sur de España, construido antes de Jesucristo. Era la hora del imperio romano que había llegado hasta Tarsis. Tal fué su influencia en España que ésta dió dos emperadores, Trajano y Adriano. Hoy se ven los restos de acueductos, puentes, murallas, circos y teatros romanos por distintas partes de la península ibérica. Pero aquel reino dejó de ser. Ya no es. Se fué envuelto en nubes de polvo de milenio. Pero el Reino Permanente de que habló Mergal está en pie a pesar del constante ir y venir de pueblos, reinos, culturas y civilizaciones.

Llegó para Mergal el "crepúsculo vespertino" que ya esperaba sabiendo que pendía sobre él la "espada de Dámocles." En un soneto suyo en que las "primaveras ledas" han quedado atrás, se acerca Mergal, "al declinar el día, al Reino dado en la Cruz." Así lo expresa él:

"Al fin del tiempo y la distancia quedas,  
Crucificado en el audaz madero,  
abierto el hipérbólico sendero,  
vía, verdad y vida me concedas.

No puedo ya de primaveras ledas  
rendir a tí mi cuerpo prisionero;  
al beber de tu muerte en el venero  
dame el nacer que por tu muerte puedas.

En tí murió mi tiempo y la distancia;  
en tí murió mi vida y su arrogancia;  
y ya tu vida por tu muerte espero,

Cuando me acerco, al declinar el día,  
al Reino que me has dado en tu agonía,  
crucificado en el audaz madero.

Me cuentan que a la hora de quedar fulminado por la <sup>h</sup>paaca inexorable, Mergal musitó estas palabras que son todo un credo de fe y de esperanza: "Todo está bien." Así creyó Mergal, y así vivió. Ahora su Reino Permanente le convoca a una cita mayor e inaplazable, y confiado él acude, sabiendo que "todo está bien" cuando solocamos nuestra vida en las manos de Dios.



Por estos caminos caliginosos nos vamos esperando llegar al "otro Emmaús". Mochila al hombro, casi exhaustos, repechamos por las vertientes de la historia, vislumbrando, allá, en lontananza, las eternas luces del Alba mayor. La visión del Reino Permanente nos convoca, como a Mergal, a la aventura del amor y de la fe sabiendo que, junto a nosotros va el amigo fiel que pone a arder nuestros corazones en la llama de Su Presencia. A tiempo le hemos reconocido, aunque, a veces, los traumas de la vida nos lo han querido sumir en la penumbra incierta e indecisa. El camino de Jerusalem a Emmaús que es solo sesenta estadios (7.5 millas) se repite a cada paso, y a veces, nos parece ser demasiado largo como para no llegar nunca a la meta. Pero, en la dulce evocación de Su Palabra vamos entendiendo que hay una salida triunfal a la densa gama de situaciones diversas que nos envuelven y nos zaran-dean.

Ya las sombras dejaron de ser. Los temores y las zozobras se han desvanecido. La muerte ha perdido el aguijón con que nos acosaba impávidamente, y ahora resuena por todo el ámbito de un mundo en llamas la Palabra del Señor: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días."

¿Quién puede perderse en el maremagnum de cosas nunca vistas si el amigo fiel le acompaña y le comunica palabras ungidas de gracia y de amor? ¿Qué otras voces heridas de odio y de violencia pueden ahogar en nosotros la voz de Aquel que dijo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida."

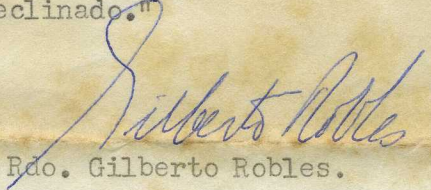
No obstante el barullo de la hora nos vamos, como Mergal, camino del otro Emmaús. En verdad se ha hecho tarde porque el día ha declinado, pero nuestro rumbo se haya firmemente anclado en el Reino Permanente. No importa las conmociones provocadas por el acontecer humano, y no importa la hora de las ausencias obligadas, y no importa los cambios violentos que intentan desfigurar la imagen de las cosas eternas, nos vamos en compañía del Señor de la vida abundante mientras El nos comunica sus palabras cuajadas de vida, de luz y de verdad. El viene a nosotros, como en antaño, suscitando nobles inquietudes mientras a todos nos imparte el exquisito "don de la victoria".

Y terminamos como termina Apocalipsis y como termina Mergal su libro El Reino Permanente:

"Ven, Señor Jesús."

"Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado."

Mensaje pronunciado en la iglesia de Santurce el día 17 de Octubre de 1971 en ocasión del homenaje póstumo al Dr. Angel M. Mergal, figura cimera del protestantismo en toda la América.

  
Rdo. Gilberto Robles.